

El día que decidiste no elegir

6:47. El despertador. No extendiste la mano.

No porque durmieras. Porque habías despertado tres minutos antes y descubierto que tu mano derecha ya no te pertenecía. Seguía ahí, rosada y tibia, con tus cinco dedos y esa cicatriz de cuando tenías ocho años. Pero era ajena. Como si alguien hubiera trazado una frontera invisible en tu muñeca.

La izquierda sí respondía. Podrías haber apagado la alarma con ella. No lo hiciste.

El café humeaba solo. Camisa azul, camisa blanca. Marta llamaba: el ascenso. Lisboa titilaba en la pantalla. El anillo de Laura esperaba su veredicto desde hacía tres meses y siete días.

Probaste a mover la derecha. Nada. Curiosamente, no sentías pánico.

Saliste así: camisa azul sobre pijama, mano muerta colgando, café sin tocar. En el cruce — izquierda oficina, derecha parque— tu pie izquierdo se declaró independiente.

Ahí estabas. Mitad tuya, mitad en huelga.

Y entonces los viste: la mujer-maniquí frente a la floristería, inmóvil de cintura para abajo. El adolescente-estatua, congelado del cuello hacia arriba, ojos móviles en cabeza de piedra. El anciano que era solo un torso actuante sobre piernas rebeldes.

Una ciudad de cuerpos en guerra civil.

«Mamá no puede llorar», dijo una niña, señalando a una mujer cuya mitad derecha del rostro sonreía mientras la izquierda intentaba, inútil, formar una lágrima. «Desde que papá se fue. Pero tampoco puede dejar de sonreír».

15:33. Un funcionario de traje gris se materializó. No caminaba: sus piernas avanzaban, pero su torso permanecía siempre a la misma distancia, como en una cinta de correr invisible.

«Formulario 47-B», jadeó, sudando por el esfuerzo de no llegar nunca. «Renuncia oficial al monopolio de la decisión corporal».

El bolígrafo flotaba entre tus dedos muertos y vivos.

«No puedo firmarlo», dijiste. «Mi mano derecha...»

«Exacto», sonrió solo la mitad de su boca. «Por eso debe firmarlo. Con la mano que no puede».

Tu mano muerta se movió sola. Garabateó algo que no era tu firma ni la de nadie. Un símbolo que dolía mirar.

El funcionario examinó el papel, ahora ardiendo en los bordes. «Perfecto. Su cuerpo ha votado. Tres a favor, dos en contra, una abstención. Moción aprobada».

«¿Qué moción?»

Pero ya se alejaba sin moverse, o se quedaba mientras se iba, o ambas.

20:17. Tu ojo izquierdo decidió ver el pasado. El derecho, futuros posibles. En el cruce veías simultáneamente el árbol que talaron hace diez años y los treinta y siete futuros donde nunca te detienes.

Tu boca hablaba con Laura hace tres meses: «Sí, acepto». Tu oído escuchaba a Marta mañana: «Lamentamos que no haya aceptado el puesto». Tu mano muerta firmaba contratos en Lisboa. Tus pies inmóviles ya habían llegado.

La ciudad entera palpitaba en tiempos distintos. Cada cuerpo, un parlamento en sesión permanente. Cada decisión, una guerra civil en miniatura.

Cuando las estrellas aparecieron —o desaparecieron, según qué ojo— entendiste:

No estabas eligiendo no elegir.

Tu cuerpo había decidido por ti. Cada célula, un voto. Cada órgano, un partido político. Y tú —lo que creías que era «tú»— eras solo el edificio donde votaban.

La democracia había llegado a la carne.

Y la carne, por mayoría simple, había decidido ser libre.